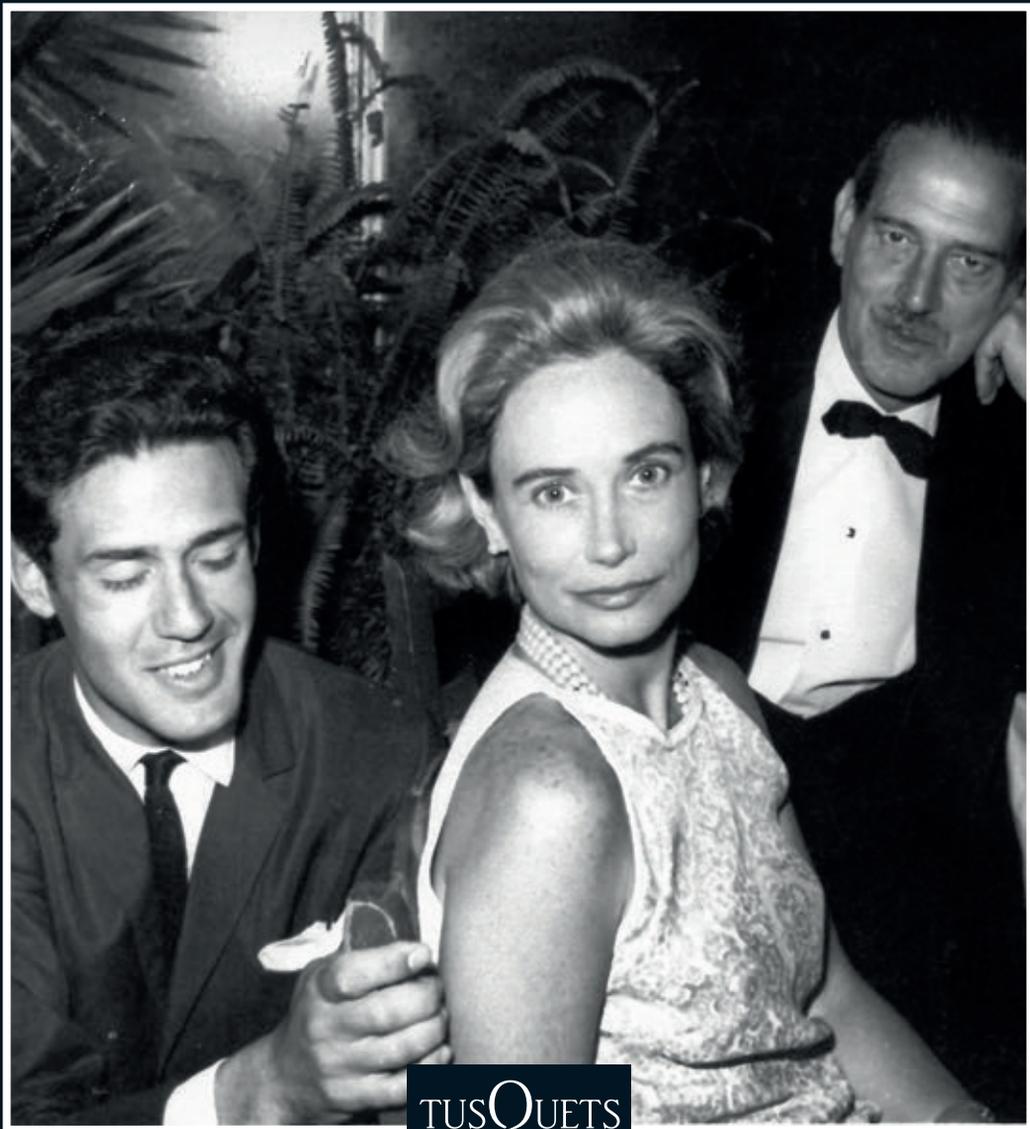


María Tena

NADA QUE NO SEPAS

colección andanzas

PREMIO
TUSQUETS
EDITORES DE NOVELA



TUSQUETS
EDITORES

NADA QUE NO SEPAS


colección andanzas

1.^a edición: noviembre de 2018

© María Tena, 2018

El Premio Tusquets Editores de Novela ha sido patrocinado por el Fondo Antonio López Lamadrid constituido en la Fundación José Manuel Lara

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-614-2
Depósito legal: B. 22.678-2018
Fotocomposición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Primera parte	13
Segunda parte	143

Mi padre dijo que ese día no iríamos al colegio. Bajó a mi cuarto, se sentó en mi cama, llamó a Tomás y nos contó que al día siguiente teníamos que volver a España.

Fue justo antes de aquel primer tirón de pelo. Porque yo de pequeña había tenido trenzas. Siempre estaban demasiado apretadas, tanto que al cambiar de gesto a veces me dolía la cabeza. Entonces, con trece años, tenía el síndrome del miembro fantasma. Llevaba el pelo suelto pero las trenzas seguían haciéndome daño. Cuando me ponía nerviosa no apretaba los dientes, ni movía las piernas, ni siquiera me mordía las uñas. Pero la raíz del pelo empezaba a dolerme.

Ese día, cuando Papá volvió al piso de arriba, noté algo. Un tirón digno del peine de Felisa. Y ella también se dio cuenta, porque, cuando entramos en la cocina, había olvidado la leche hirviendo sobre el fuego, tiró mi taza sobre el mantel, y a cada paso parecía que

iba a ponerse a llorar. Fue la primera vez que la vi distinta, rara, como si de repente se hubiera hecho vieja. Volví a la época en la que era ella la que me peinaba. Aquella raya por detrás, aquel flequillo estricto, la tirantez de las trenzas. En ese momento la cabeza me dolía sin que nada ni nadie la hubiera tocado.

Por la mañana no habíamos visto a Mamá, pero no nos preocupó. Ya nos había advertido que se iba de excursión. También Papá había pasado el día anterior fuera de casa. Su vida, la de los dos, era un sinvivir de entradas y salidas. Juntos o separados, vestidos o de trapillo, contentos o mustios, todo servía de excusa para largarse a ver mundo. Y su mundo era grande en ese país pequeño. Los amigos, con el tiempo, eran casi familia, más que familia.

Cuando por fin Papá bajó a la cocina, me percaté de que tampoco él iría a la empresa. No llevaba corbata y la camisa se le salía del pantalón. Los pelos de la nuca mostraban que no se había peinado. O que le habían despertado de repente.

Debió de suceder unas horas antes, y mientras lo digo me doy cuenta de que nunca he sabido bien el día exacto del aniversario de mi madre. Pero recuerdo con nitidez la cara de él, aquella confusión mientras sacaba nuestras maletas del altillo. Ese viaje inesperado, tan sin planear. Felisa intentando obedecerle mientras el pobre no daba pie con bola.

Y enseguida, aquella sorpresa. Su irrupción, la tía

Blanca, que llegó a las doce de la mañana desde Madrid. También despeinada, con vaqueros, una camiseta vieja y una bolsa de viaje diminuta.

Empecé a preocuparme cuando dijo:

—Justo a tiempo para el próximo avión.

Y luego ese abrazarnos tan fuerte cuando llegó, y ese no abrazar a Papá. Aquella noche durmió en mi cuarto, pero ni siquiera deshizo el equipaje. Su boca quebrada, sus suspiros entrecortados cuando creyó que me había dormido. El primer indicio de lo de Mamá..., un accidente, un infarto, supimos luego. Pero eso fue mucho tiempo después.

Recuerdo que esa noche, unas horas antes, cuando el teléfono empezó a sonar, era como si no se dieran cuenta de que mi hermano y yo estábamos delante. Cenábamos en la cocina, y los adultos, Papá y la tía Blanca, estaban sentados a nuestra mesa con un café, hablaban en voz baja, con largos silencios. Felisa no se acababa de sentar aunque Papá le insistía. Iba a ser una noche larga.

Cada vez que sonaba el teléfono los dos se estremecían. Entonces Papá corría hacia el principio de la escalera, donde había un receptor, una pequeña mesa y un sillón. Su tono, el que en ese momento intentaba usar, era el de un día normal en que alguno de los amigos de siempre llamaba para salir. Como si en un rato fueran a venir a tomar un whisky y la tortilla de patata o las croquetas que en nuestra casa se improvi-

saban siempre con tanta facilidad. Como una noche más.

Luego volvía a la cocina, decía el nombre del que había llamado y se quedaba quieto restregándose los ojos. Pero sin volver a decir una palabra. Porque a nosotros no acababan de contárnoslo. Era como si quisieran seguir creyendo que todavía nada irremediable había sucedido, que podía retrasarse ese disgusto que estaban a punto de darnos y que nos cambiaría la vida.

—No, no quiero verla —fue lo único que entendí de lo que le dijo la tía Blanca a mi padre antes de sacarnos de allí.

No lo vi entonces. Y vuelve de nuevo el tirón de pelo.

Tampoco Tomás y yo volvimos a ver a Mamá. Su última imagen, la que recuerdo o la que me he inventado, es la de la mañana anterior, a la hora del desayuno. Ese día tenía un examen de matemáticas, qué mal se me daban. Así que, mientras tomaba la taza de leche, apenas levanté la mirada del libro. Cuando oí el claxon del autobús salí corriendo, ni la miré.

—¡Eh! ¿Adónde vais? —dijo, y nos dio a Tomás y a mí un par de besos apretujados con una sonrisa que

brilló como cuando se abre una ventana. Eran las ocho y cuarto, justo la hora a la que siempre salíamos a la esquina para ir al colegio.

—Es que...

—Que te salga bien. —Y mientras me daba la vuelta añadió—: Papá se va dentro de un rato a Buenos Aires, y yo a Punta con Ulla. Mañana nos vemos.

Entonces, cuando ya corríamos hacia la puerta, se levantó de nuevo, se acercó y nos dio otro beso. Pero esta vez estaba casi seria. Me asombra recordarlo ahora, pero fue así. Ese segundo abrazo produjo un leve cambio en su sonrisa. Fue lo último que supe de ella.

Al día siguiente salimos hacia el aeropuerto a toda prisa, como si la casa ardiese. Fue al ver nuestras bicis cuando Tomás y yo nos pusimos a llorar. Pero también nos volvimos a mirar el sauce, el aguacate..., y vimos la cara de Felisa. Ya sabíamos lo de Mamá. En casa el teléfono no había dejado de sonar toda la noche. Nadie nos lo contó, pero cada vez que llamaban, Tomás y yo nos íbamos concienciando de que no volveríamos a verla. Aunque no preguntáramos nada.

—Vamos justos de tiempo —dijo Papá mientras encendía el motor—. En unos días nos vemos. —Y, al anticipar la despedida, se emocionó. Pero no miró a la tía Blanca. Tuve en ese momento el primer atisbo de que toda mi vida iba a cambiar. Nunca he acabado de entender por qué mi padre no se dio cuenta de que no era el momento para enviarnos tan lejos ni dejarnos

tan solos. No se lo perdoné nunca, aunque él estuviese destrozado.

Miré hacia atrás, y volví a ver el aguacate. Por primera vez tenía fruto. Como si las paltas, todavía pequeñas y duras, hubieran crecido por la noche. Aquella larga noche en la que no dormimos. Qué bien que Mamá se quede aún unos días, pensé, con lo que le gustan. Me negaba a creer lo que había pasado.

Cuando ya en el aeropuerto, justo antes de subir al avión, volvimos la mirada por última vez, nuestro padre, con lo alto que era, parecía pequeño. Una silueta negra contra el blanco brillante detrás de las enormes cristalerías.

Me quedé con la imagen de aquella sala enorme forrada de mármol que, ahora me doy cuenta, parecía más un tanatorio que la zona de salidas del aeropuerto.

Todavía me duele.

Todo aquello sucedió hace más de cuarenta años. Mamá era muy joven. Llevábamos casi cuatro años en Montevideo. Nunca supimos bien cómo sucedió todo. Pero a los pequeños nos quitaron de en medio, y nos la robaron.

La recuerdo dulce, a veces triste. Esos días que se metía en la cama al mediodía y ya no la volvíamos a ver. Las persianas eran la señal. Cuando no las subía muy temprano, la casa se quedaba en silencio. Como

si se apagase todo lo demás. Como si la oscuridad la acompañase.

—Está leyendo —decía Papá.

Pero no siempre fue así. Recuerdo un día, era un mes después de la llegada al Uruguay, cuando empezamos a abrir las cajas de la mudanza. Su alegría al recuperar sus cosas. Como si las estrenara. La ilusión de colgar las cortinas de aquella casa tan grande. Con qué energía se subía a la escalera. Las risas al llenar los armarios. La ropa que nos había comprado antes de emprender el viaje. Los zapatos de cordones, que enseguida se me quedaron pequeños y me apretaban y, como eran nuevos, preferí no contárselo. Me los quitaba en cuanto volvía del colegio. Siempre andaba descalza por aquella casa.

Felisa iba detrás y ayudaba sin decir una palabra. Había empezado a trabajar en casa cuando nació mi hermano y no dudó en venirse con nosotros a Montevideo.

—Quiero ver mundo —creo que dijo el día que Mamá le contó que nos íbamos al Uruguay.

Era de un pequeño pueblo de Rioja. Siempre fue muy callada, aunque cuando mis padres salían y nos quedábamos a solas con ella, se ponía a hablar sin freno de su tierra. Nos contaba historias de la posgue-

rra, los odios entre los hermanos, las denuncias que, en su pueblo, eran más por envidia que por ideas políticas. La vez que el amo de los campos quemó la bodega de un vecino y cómo las llamas estuvieron a punto de acabar con la aldea. Todo seguía vivo en su memoria a pesar del paso de los años. Y no dejaba de hablarnos de la suerte que teníamos nosotros comparada con el hambre que pasó ella antes de venirse a Madrid, y el frío; en su casa no había agua caliente.

Aunque a veces no se notara, Felisa siempre estaba allí.

Mi madre, esos primeros meses, parecía dueña de la situación. Recuerdo, también de aquel día, su risa cuando abrimos la caja inmensa que rebosaba de papel de seda y que traía la vajilla de la abuela. Intacta. La luz de las ventanas de la casa de Carrasco sobre aquella porcelana blanca.

Esa noche hasta los niños comimos en el comedor y con mantel de hilo. Parecía Navidad. Ella salió con Felisa a comprar un pescado enorme y limones, espárragos, paltas, almendras, lechuga... Cuando llegó Papá encendió las velas y empezamos a comer en esa vajilla impecable, aunque todavía no era noche cerrada.

Qué raro recordar esa felicidad, y con tantos detalles.

Fue su pena de después lo que la hizo diferente, porque ahora me doy cuenta de que Mamá murió joven. No la vi envejecer.

Pero en cambio aquella mañana última, en el desayuno, su sonrisa cantaba de nuevo.

En los años que siguieron nunca regresé a Montevideo. Debí de preferir cerrar esa parte de mi vida, no volver a tocarla. La felicidad y el dolor de aquel tiempo se mezclan en mis recuerdos, es difícil ahora distinguir los extremos.

Hoy he recibido un email. Los Brandi son los únicos uruguayos de aquella época que vienen a menudo a España y que, nada más llegar, me llaman para que nos veamos. Son ricos y les encanta Madrid, les gustan los toros, los museos, las tiendas del barrio de Salamanca. Desde que volvimos a encontrarnos, cada vez que aparecen me invitan a cenar al Ritz.

Pero tiene que ser a solas. Que nadie nos interrumpa. Lo de que yo tenga un marido les importa un bledo. Recuperan su juventud hablándome de aquellos tiempos. Pero jamás la mencionan. Es mi padre antes, durante y después de Montevideo. Son sus aventuras lo que les llena la boca. Los escucho con gusto porque siempre añaden algún ladrillo de luz al edificio de lo que no recuerdo. También yo he vivido fascinada por ese padre alto y risueño, cariñoso, tan distinto de Mamá.

Hoy me da pereza volver a la terraza del Ritz. Aunque apenas se estrene el mes de junio, haga mucho calor y sea domingo. Preferiría quedarme en casa. Desde que tengo este trabajo agobiante en la agencia, me he vuelto solitaria y rara. Y a Álvaro le molesta que salga sola por las noches. No son celos, es que no le apetece cambiar su rutina.

—Siempre he pensado en volver, pero nunca me he decidido. Me gustaría, sí. Tal vez este julio o agosto...

—les digo cuando empezamos a tomar el gazpacho.

—En invierno no. Esperá a la primavera —dice Clara.

—Pero si allí nunca hace frío.

—Hace viento, es inhóspito. El río trae esa humedad que te lame los huesos.

—Me da igual, si me decidiera no sería para ir de veraneo.

—Tu madre decía que duraba solo un mes, pero que ese viento húmedo y frío la dejaba sola ante el mundo. No podía soportarlo.

A Roberto se le ha escapado. Por fin la nombra. Nunca habíamos hablado de ella desde que vinieron a Madrid y me llamaron aquella primera vez.

—Y murió en invierno. Qué casualidad.

—Tu pobre madre. Qué lástima —añade Clara.

—No pude despedirme de nadie. Ni siquiera de ella.

Nunca habíamos sacado el tema, pero hoy les cuento cómo llegó mi tía. Que aquel día, tan lejano ya, nos despertamos con el tiempo justo y que mi padre fumaba un pitillo tras otro. Que sus amigas Ulla, Claudia e Isabel llamaron temprano porque querían ir al aeropuerto. Luego supe que él, la noche anterior, les había prohibido aparecer por casa. Así que debió de ser una excusa. Más para verlo que para despedirse de nosotros. Ana, Inés, mis dos amigas íntimas, no vinieron, pero nada más llegar a Madrid les escribí.

Aquel día Felisa no conseguía cerrar las maletas por mucho que se sentase encima y saltase sobre ellas. Ni siquiera nos lavamos la cara. Mi padre contó años después que íbamos confundidos, la ropa sin abrochar, sin habernos peinado y muy serios. Incluso recuerdo que pensé: «Como nos vea Mamá...». Tan perfeccionista como era y nosotros con toda la ropa arrugada, revuelta. Me había puesto unos vaqueros de Tomás que se me caían. Él se había equivocado de sandalias.

Pero no nos dejaron verla, ni despedirnos. Ni siquiera pudimos ir a su funeral.

—¿Ustedes la vieron? —les pregunto.

—Tu padre estaba destrozado —dice Clara, sin contestarme—. Nunca lo había visto así.

—Pero eso no provoca un infarto.

Mientras lo digo soy consciente de que tendría que haberme callado.

—Es igual, él se sentía culpable. —Mientras lo dice a Roberto se le cambia el gesto, y las manos se le van a la copa de vino.

—¿Culpable de qué? —digo, y levanto la voz sin darme cuenta.

Alrededor de las mesas cubiertas de manteles blancos del comedor noto cierta tensión. Los hombres de corbata y sus mujeres enjoyadas y con un punto excesivo de maquillaje me miran molestos. Como si mi voz, tan alta, hubiera interrumpido una cena íntima o esa conversación importante que siempre les sucede a los demás.

—De estar contento, parecía feliz. Yo qué sé... —dice Roberto, y por primera vez rehúye mis ojos. Y mientras lo escucho, veo la sonrisa de Papá. Esa impresión que daba de que le gustaba la vida. Su mirada siempre curiosa, divertida. Sus abrazos enormes.

Pero no, no es esa manera de escaparse los dos de mis preguntas. Es la mirada siguiente, esa que intercambia con Clara. Un gesto que concentra la duda, el miedo, la sensación de haber metido la pata. O quizá, pienso, es solo una muestra más de esos comporta-

mientos sutiles de los matrimonios que han pasado muchos años juntos y que los demás sienten como un agravio. Intercambios que duran un segundo, pero que te dejan fuera de juego sin remedio. Pienso entonces que mi matrimonio todavía no ha durado lo suficiente.

Ella reacciona enseguida. Aunque se quita el anillo y la servilleta se le cae al suelo, dice:

—Che, ¿y si te venís a Punta? Seguimos teniendo la casita en Pinares, ahora está rodeada de casas enormes, hay millonarios de todas partes del mundo. Pero el jardín, la piscina, los pinos siguen ahí. Y todos los amigos. Cuando es verano aquí, allá te congelás.

Y así sigue durante minutos. Como si quisiera borrar esa mueca en la cara de su marido mientras me habla de excursiones en su barco a Gorriti y a Punta Ballena.

—Podríamos incluso acercarnos a Buenos Aires —sugiere él.

—¿Te acordás? Esos atardeceres son espectaculares..., el mar tan cerca —dice Clara. Y enseguida es como si apenas nos oyese, como si ya estuviera allí, tendida al sol junto al Atlántico—. Un gin-tonic y buena conversación como en tiempos de tus padres —continúa nostálgica, ahora más seria, absorta en quién sabe qué.

Pero a los viejos no es tan fácil borrarles las manchas de la cara. A Roberto se le han quedado las marcas invisibles del terror pegadas en el ceño y a mí las

ganas de hacerle una pregunta. No me he atrevido. Qué pena, porque cuando lo vuelva a ver puede que haya pasado mucho tiempo y quizá ya no pueda contestarme.

Llego a casa y me siento mal, no sé por qué. Como si se me hubiera quedado algo por decir. Siempre se habló de que Roberto había colaborado con la dictadura. Pero eso sería después de que nosotros dejáramos el país. Y no, no es eso, aunque cada vez que nos vemos lo encuentro sospechoso y tampoco sé bien por qué. Quizá fue cómplice. Pero ¿de qué?

Esta molestia no tiene argumento. Una desazón sin planteamiento, nudo ni desenlace. Menos mal que por la mañana ya soy otra. Aunque en el desayuno vuelve, y sé que hasta que lo hable con alguien no se me quitará esa sensación de haber tropezado con una piedra y de que me duele el dedo gordo del pie. Esta noche, también lo sé, dormiré mal.

Mi madre tenía treinta y siete años cuando murió.

Es entonces cuando empiezan a tirarme las trenzas.

Y veo el jardín.

Y recuerdo aquel aguacate.